

Santificación por medio de la sangre

“Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta” (Hebreos 13:12).

“La limpieza por medio de la sangre” fue el tema de nuestro último capítulo.

La santificación por medio de la Sangre debe ocupar ahora nuestra atención.

Para un observador superficial podría parecer que hay poca diferencia entre *limpieza* y *santificación*, que las dos palabras significan aproximadamente lo mismo; pero la diferencia es grande e importante.

La limpieza tiene que ver principalmente con la vieja vida y la mancha del pecado que debe ser eliminada, y es sólo preparatoria.

La santificación se refiere a la nueva vida y a lo que Dios le debe comunicar como propio. *La santificación*, que significa unión con Dios, es la plenitud peculiar de bendición adquirida para nosotros por la sangre.

La distinción entre estas dos cosas está claramente marcada en la Escritura. Pablo nos recuerda que “Cristo se dio a sí mismo por la iglesia, para santificarla, habiéndola purificado” (Efesios 5:25). Habiéndola *purificado primero*, luego la *santifica*. Escribiendo a Timoteo, le dice: “Si alguno se purifica de estas cosas, será un instrumento para honra, santificado y útil para su Señor” (2 Timoteo 1:13).

ii. 21) *La santificación* es una bendición que sigue a *la purificación* y *la supera*.

Esto también queda ilustrado de manera llamativa por las ordenanzas relacionadas con la consagración de los sacerdotes, comparadas con las de los levitas. En el caso de estos últimos, que ocupaban una posición inferior a la de los sacerdotes en el servicio del santuario, no se hace mención de *la santificación*; pero la palabra *purificación* se emplea cinco veces (Núm. 8).

En la consagración de los sacerdotes, por otra parte, se utiliza a menudo la palabra “*santificar*”, pues los sacerdotes estaban en una relación más estrecha con Dios que los levitas (Éxodo xxix; Lev. viii).

Este relato enfatiza al mismo tiempo la estrecha relación que existe entre la sangre sacrificial y *la santificación*. En el caso de la consagración de los levitas, se hacía *la reconciliación por el pecado* y se les rociaba con el agua de purificación para limpiarlos, pero no se les rociaba con sangre. Pero en la consagración de los sacerdotes, había que rociarles sangre. Se les *santificaba* mediante una aplicación más personal e íntima de la sangre.

Todo esto fue típico de *la santificación* por la *Sangre de Jesús* , y esto es lo que ahora tratamos de entender, para que podamos obtener una parte de ello. Consideremos entonces:

I. Qué es la santificación

II. Que fue el gran objeto de los sufrimientos de Cristo.

III. Que se puede obtener por medio de la sangre.

I. Qué es la santificación

Para entender qué es la *santificación* de los redimidos, debemos aprender primero qué es la santidad de Dios. Sólo Él es el *Santo* . La santidad en la criatura debe recibirse de Él.

A menudo se habla de la santidad de Dios como si consistiera en su odio y hostilidad hacia el pecado; pero esto no explica en absoluto qué es realmente la santidad. Es una declaración meramente negativa que la santidad de Dios no puede soportar el pecado.

La santidad es aquel atributo de Dios por el cual Él siempre es, quiere y hace lo que es supremamente bueno; por lo cual también desea lo que es supremamente bueno en sus criaturas y se lo concede.

En las Escrituras, a Dios se le llama “el Santo” no sólo porque castiga el pecado, sino también porque es el Redentor de su pueblo. Es su santidad, que siempre quiere lo que es bueno para todos, lo que lo impulsó a redimir a los pecadores. Tanto la ira de Dios que castiga el pecado como *el amor* de Dios que redime al pecador surgen de la misma fuente: su santidad. La santidad es la perfección de la naturaleza de Dios.

La santidad en el hombre es una disposición en completo acuerdo con la de Dios, que elige en todas las cosas querer como Dios quiere, como está escrito: “Como él es santo, sed también vosotros santos” (1 Pedro 1:15). La santidad en nosotros no es otra cosa que la unidad con Dios. La santificación del pueblo de Dios se efectúa mediante la comunicación a él de la santidad de Dios. No hay otro modo de obtener *la santificación*, sino mediante el Dios Santo que otorga lo que sólo Él posee. Sólo Él es el *Santo* . Él es el Señor que santifica.

Los diferentes significados que la Escritura atribuye a las palabras santificación y “santificar” indican una cierta relación con Dios a la que somos llevados.

El primer y más simple significado de la palabra *santificación* es “separación”. Lo que es sacado de su entorno, por orden de Dios, y puesto a un lado o separado como Su propia posesión y para Su servicio, eso es santo. Esto no significa solamente separación del pecado, sino de todo lo que está en el mundo, incluso de lo que puede ser permisible. Así, Dios santificó el séptimo día. Los otros días no eran inmundos, porque Dios vio todo lo que había hecho y “vio que era muy bueno”. Pero sólo ese día era santo, del cual Dios había tomado posesión por Su propio acto especial. De la misma manera, Dios había separado a Israel de las otras naciones, y en Israel había separado a los sacerdotes para que fueran santos para Él. Esta separación para *la santificación* es siempre obra de Dios mismo, y así la gracia electiva de Dios a menudo está estrechamente relacionada con *la santificación* . “Seréis santos para mí... Yo os he apartado... para que seáis míos” (Levítico 20:26). “El hombre que el Señor escogiere será santo” (Núm. 16:7). “Tú eres pueblo santo para el Señor; el

Señor tu Dios te ha escogido” (Deut. 7:6). Dios no puede tomar partido con otros señores. Él debe ser el único poseedor y gobernante de aquellos a quienes Él revela e imparte Su santidad.

Pero esta separación no es todo lo que se incluye en la palabra *santificación* . Es sólo la condición indispensable de lo que debe seguir. Cuando se separa, el hombre se encuentra ante Dios en ningún sentido diferente de un objeto sin vida que ha sido santificado para el servicio de Dios. Para que la separación tenga valor, debe ocurrir algo más. El hombre debe entregarse voluntariamente y de corazón a esta separación. *La santificación* incluye la consagración personal al Señor para ser Suyo.

La santificación sólo puede llegar a ser nuestra cuando echa sus raíces y se establece en las profundidades de nuestra vida personal, en nuestra voluntad y en nuestro amor. Dios no santifica a nadie contra su voluntad, por lo tanto, la entrega personal y sincera a Dios es una parte indispensable de *la santificación* .

Es por esta razón que las Escrituras no sólo hablan de que Dios nos santifica, sino que dicen a menudo que debemos santificarnos nosotros mismos.

Pero aun por la consagración, la verdadera *santificación* no está completa todavía. La separación y la consagración juntas son sólo la preparación para la obra gloriosa que Dios hará, al impartir Su propia santidad al alma. “ *Participar de la naturaleza divina* ” es la bendición que se promete a los creyentes en *la santificación* . “Para que participemos de su santidad” (Hebreos 12:10), ese es el glorioso objetivo de la obra de Dios en aquellos a quienes Él separa para Sí. Pero esta impartición de Su santidad no es un don de algo que esté separado de Dios mismo; no, es en la comunión personal con Él, y participando de Su vida divina, que se puede obtener *la santificación* .

Como el Santo , Dios habitó entre el pueblo de Israel para santificar a su pueblo (Éxodo 29:45, 46). Como el Santo , Él habita en nosotros. Es solo la presencia de Dios la que puede santificar. Pero tan ciertamente es ésta nuestra porción, que la Escritura no rehúye hablar de Dios que habita en nuestros corazones con tal poder que podemos ser “llenos hasta toda la plenitud de Dios”. La verdadera *santificación* es la comunión con Dios y Su morada en nosotros. Por eso era necesario que Dios en Cristo hiciera su morada en la carne, y que el Espíritu Santo viniera a morar en nosotros. Esto es lo que significa *la santificación* .

Observemos ahora:

II. Esta santificación fue el objeto por el cual Cristo sufrió

Esto se afirma claramente en Hebreos 13:12: “Jesús padeció para santificar a su pueblo”. En la sabiduría de Dios, la participación en su santidad es el destino más elevado del hombre. Por lo tanto, también este fue el objetivo central de la venida de nuestro Señor Jesús a la tierra; y sobre todo, de sus sufrimientos y muerte. Fue “para santificar a su pueblo” y “para que fuesen santos y sin mancha” (Efesios 1:4).

Cómo los sufrimientos de Cristo alcanzaron este fin y se convirtieron en nuestra *santificación*, nos lo muestran claramente las palabras que Él dirigió a su Padre, cuando estaba a punto de dejarse atar como sacrificio: “Por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad” (Jn 17, 19). Fue porque sus sufrimientos y muerte fueron una *santificación* de Él mismo, por lo que pueden convertirse en *santificación* para nosotros.

¿Qué significa eso? Jesús era el *Santo de Dios*, “el Hijo a quien el Padre había santificado y enviado al mundo”, y ¿debía santificarse a sí mismo? Debía hacerlo; era indispensable.

La *santificación* que poseía no estaba fuera del alcance de la tentación. En su tentación debía mantenerla y mostrar cuán perfectamente su voluntad estaba sometida a la santidad de Dios. Hemos visto que la verdadera santidad en el hombre es la perfecta unidad de su voluntad con la de Dios. Durante toda la vida de nuestro Señor, desde la tentación en el desierto en adelante, había sometido su voluntad a la voluntad de su Padre y se había consagrado como sacrificio a Dios. Pero fue principalmente en Getsemaní donde hizo esto. Allí estaba la hora y el poder de las tinieblas; la tentación de apartar de sus labios la terrible copa de la ira y hacer su propia voluntad vino con un poder casi irresistible, pero Él rechazó la tentación. Se ofreció a sí mismo y su voluntad a la voluntad y santidad de Dios. Se santificó a sí mismo, mediante una perfecta unidad de voluntad con la de Dios. Esta santificación de sí mismo se ha convertido en el poder por el cual también nosotros podemos ser santificados por medio de la verdad. Esto está en perfecto acuerdo con lo que aprendemos de la Epístola a los Hebreos, donde, hablando de las palabras usadas por Cristo, leemos: “Vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad”, y luego se añade: “En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (Heb.

(1 Corintios 9:10). Fue porque la ofrenda de su cuerpo fue su entrega de sí mismo para hacer la voluntad de Dios, que llegamos a ser santificados por esa voluntad. Él se santificó allí, por nosotros, para que pudiéramos ser santificados por medio de la verdad. La perfecta obediencia en la que se entregó a sí mismo, para que la santa voluntad de Dios pudiera cumplirse en él, no sólo fue la causa meritoria de nuestra salvación, sino que es al mismo tiempo el poder por el cual el pecado fue vencido

para siempre, y por el cual la misma disposición y la misma santificación pueden ser creadas en nuestros corazones.

En otra parte de esta Epístola a los Hebreos, la verdadera relación de nuestro Señor con Su propio pueblo se caracteriza aún más claramente como teniendo como fin principal *la santificación*. Después de hablar de lo conveniente que era que nuestro Señor sufriera como lo hizo, leemos: “Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos” (Hebreos 2:11). La unidad entre el Señor Jesús y Su pueblo consiste en el hecho de que ambos reciben su vida de un solo Padre, y ambos tienen parte en una y la misma *santificación*. Jesús es el santificador, ellos se convierten en los santificados. *La santificación* es el vínculo que los une. “Por lo cual también Jesús padeció, para santificar a su pueblo mediante su propia sangre”.

Si estamos dispuestos a comprender y experimentar realmente lo que significa *la santificación por la Sangre*, entonces es de suma importancia que primero nos aferremos firmemente al hecho de que *la santificación* es la característica y el propósito de todos los sufrimientos de nuestro Señor, de los cuales la sangre fue el fruto y el medio de bendición. Su *santificación* de Sí mismo tiene la característica de esos sufrimientos, y en eso radica su valor y poder. Nuestra *santificación* es el propósito de esos sufrimientos, y sólo para alcanzar ese propósito ellos producen la bendición perfecta. En la medida en que esto nos resulte claro, avanzaremos hacia el verdadero significado y bendición de Sus sufrimientos.

Fue como el Santo *que* Dios predestinó la redención. Fue Su voluntad glorificar Su santidad en la victoria sobre el pecado, mediante la santificación del hombre a Su propia imagen. Fue con el mismo objeto que nuestro Señor Jesús soportó y cumplió Sus sufrimientos: nosotros debemos ser consagrados a Dios. Y si el Espíritu Santo, el Dios Santo como Espíritu, viene a nosotros para revelarnos la redención que está en Jesús, esto continúa siendo para Él, también, el objetivo principal. Como Espíritu Santo, Él es el espíritu de santidad.

La reconciliación, el perdón y la purificación del pecado tienen un valor inefable; sin embargo, todos ellos apuntan hacia *la santificación*. Es la voluntad de Dios que cada uno que ha sido marcado por la sangre preciosa sepa que es una marca divina, que caracteriza su separación total para Dios; que esta sangre lo llama a una consagración indivisa a una vida, totalmente para Dios, y que esta sangre es la promesa y el poder de una participación en la santidad de Dios, por medio de la cual Dios mismo hará su lugar de morada en él y será su Dios.

¡Oh, que pudiéramos entender y creer que:

“También Jesús padeció para santificar a su pueblo mediante su propia sangre” (Hebreos 13:12).

III. Cómo se obtiene la santificación por la sangre

Una respuesta a esta pregunta, en general, es que todo aquel que es participante de la virtud de la sangre, es también participante de *la santificación*, y es a los ojos de Dios una persona santificada.

En la medida en que vive en contacto estrecho y permanente con la sangre, continúa experimentando cada vez más sus efectos santificadores, aunque todavía entiende muy poco de cómo se producen esos efectos. Que nadie piense que primero debe entender cómo comprender o explicar todo antes de poder orar por fe para que la sangre manifieste su poder santificador en él. No; fue precisamente en relación con el baño de purificación —el lavatorio de los pies de los discípulos— que el Señor Jesús dijo: “Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo entenderás después”. Es el Señor Jesús mismo quien santifica a Su pueblo “con Su propia sangre”. El que se entrega de corazón a la adoración creyente del *Cordero*, que nos ha comprado con Su sangre, y a la relación con Él, experimentará por medio de esa sangre una *santificación* que va más allá de su concepción. El Señor Jesús hará esto por él.

Pero el creyente también debe crecer en conocimiento; sólo así podrá entrar en la bendición plena que le está preparada. No sólo tenemos el derecho, sino que es nuestro deber, investigar con seriedad cuál es la conexión esencial entre el efecto bendito de la sangre y nuestra *santificación*, y de qué manera el Señor Jesús obrará en nosotros, por medio de su sangre, aquellas cosas que hemos determinado que son las principales cualidades de *la santificación*.

Hemos visto que el principio de toda *santificación* es *la separación* para Dios, como Su posesión total, para estar a Su disposición. ¿Y no es esto precisamente lo que proclama la sangre? Que el poder del pecado ha sido quebrantado; que hemos sido liberados de sus ataduras; que ya no somos sus esclavos, sino que pertenecemos a Aquel que compró nuestra libertad con Su sangre. “No sois vuestros, habéis sido comprados por precio”; este es el lenguaje con el que la sangre nos dice que somos posesión de Dios. Porque Él desea tenernos enteramente para Sí, nos ha elegido y comprado, y nos ha puesto la marca distintiva de la sangre, como aquellos que están separados de todo lo que los rodea, para vivir sólo para Su servicio. Esta idea de separación se expresa claramente en las palabras que tan a menudo repetimos: “Jesús, para santificar a su pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio”. “Salir” de todo lo que es de este mundo, fue la característica de Aquel que era santo, inmaculado, apartado de los pecadores; y debe ser la característica de todos sus seguidores.

Creyente, el Señor Jesús te *ha santificado* por medio de Su propia sangre, y desea hacerte experimentar, por medio de esa sangre, el pleno poder de esta *santificación*. Esfuérzate por obtener una impresión clara de lo que ha sucedido en ti por medio de

la aspersión de esa sangre. El Dios santo desea tenerte completamente para Sí. Nadie, nada, puede tener ya el más mínimo derecho sobre ti, ni tú tienes ningún derecho sobre ti mismo. Dios te ha separado para *Sí mismo*, y para que puedas sentir esto, Él puso Su marca sobre ti. Esa marca es la cosa más maravillosa que se puede encontrar en la tierra o en el cielo. *La Sangre de Jesús*. La sangre en la que está la vida del Hijo eterno de Dios; la sangre que en el trono de la gracia está siempre ante el rostro de Dios; la sangre que te asegura la redención completa del poder del pecado; esa sangre es rociada sobre ti, como una señal de que perteneces a Dios.

Creyente, te ruego que cada pensamiento acerca de la sangre despierte en ti la gloriosa confesión: “Por su propia sangre, el Señor Jesús me ha santificado, ha tomado completa posesión de mí para Dios, y yo pertenezco completamente a Dios”.

Hemos visto que *la santificación* es más que la separación. Eso es sólo el comienzo. Hemos visto también que la consagración personal y la entrega sincera y voluntaria a vivir sólo para y en la santa voluntad de Dios es parte de *la santificación*.

¿De qué manera puede la sangre de Cristo obrar en nosotros esta entrega y *santificarnos* en esa entrega? La respuesta no es difícil. No basta creer en el poder de la sangre para redimirnos y liberarnos del pecado, sino que, sobre todo, debemos observar la fuente de ese poder.

Sabemos que tiene este poder, por la voluntad con que el Señor Jesús se entrega. En el derramamiento de su sangre, Él se santifica, se ofrece enteramente a Dios y a Su santidad. Es por esto que la sangre es tan santa y posee tal poder santificador. En la sangre tenemos una representación impresionante de la auto-entrega de Cristo. La sangre siempre habla de la consagración de Jesús al Padre, como la apertura del camino y la provisión de poder para vencer el pecado. Y cuanto más entremos en contacto con la sangre, y cuanto más vivamos bajo la profunda impresión de haber sido rociados por la sangre, oiremos más claramente la voz de la sangre, declarando que “La entrega total a Dios es el camino a la redención total del pecado”.

La voz de la sangre no hablará simplemente para enseñarnos o para despertar el pensamiento; la sangre habla con un poder divino y vivificante. Lo que ella ordena, eso otorga. Obra en nosotros la misma disposición que había en nuestro Señor Jesús.

Por su propia sangre Jesús nos santifica, para que, sin reservarnos nada, nos entreguemos con todo nuestro corazón a la santa voluntad de Dios.

Pero *la consagración* misma, aun cuando siga a cualquier *separación*, es solamente una preparación. La santificación entera tiene lugar cuando Dios toma posesión de y hace descender con su gloria el templo que le es consagrado. “Allí me reuniré con los hijos de Israel, y serán santificados con mi gloria” (Éxodo 29:43). *La santificación real y completa* consiste en que Dios imparte su propia santidad, es decir, se da a sí mismo.

Aquí también habla la sangre: nos dice que el cielo está abierto, que los poderes de la vida celestial han descendido a la tierra, que todo obstáculo ha sido eliminado y Dios puede hacer su morada con el hombre.

La cercanía y la comunión inmediata con Dios son posibles gracias a la sangre. El creyente que se entrega sin reservas a la sangre obtiene la plena seguridad de que Dios se entregará por completo y revelará su santidad en él.

¡Cuán gloriosos son los resultados de tal *santificación* ! Por medio del Espíritu Santo, la relación del alma se da en la experiencia viva de la cercanía permanente de Dios, acompañada por el despertar del más tierno cuidado contra el pecado, guardada por la cautela y el temor de Dios.

Pero vivir en vigilancia contra el pecado no satisface el alma. El templo no sólo debe ser purificado, sino que debe llenarse de la gloria de Dios. Todas las virtudes de la santidad divina, tal como se manifiestan en el Señor Jesús, deben buscarse y encontrarse en la comunión con Dios. La santificación significa unión con Dios; comunión en su voluntad; compartir su vida; conformidad a su imagen.

Cristianos: “Por lo cual también Jesús... padeció fuera de la puerta, para santificar a su pueblo mediante su propia sangre. Salgamos a él, fuera del campamento”. Sí; es Él quien santifica a su pueblo. “Salgamos a él”. Confiemos en que Él nos dará a conocer el poder de la sangre. Entreguémonos por completo a su bendita eficacia. Esa sangre, mediante la cual Él se santificó, ha entrado en el cielo para abrirlo para nosotros. Puede hacer de nuestro corazón también un trono de Dios, para que la gracia y la gloria de Dios moren en nosotros. Sí; “Salgamos a él, fuera del campamento”. El que está dispuesto a perder y decir adiós a todo, para que Jesús lo santifique, no dejará de obtener la bendición. El que está dispuesto a cualquier costo a experimentar el pleno poder de la preciosa sangre, puede confiar en que será santificado por Jesús mismo, mediante esa sangre.

“El mismo Dios de paz os santifique por completo.” Amén.